



Visita al territorio de William Ospina



"Nuestras cabezas dormidas, miles de años atrás,
las bocas abiertas, junto a la roca".

Gerardo Rivera

Nacieron para alimentar a los pájaros de otro mundo. Nadie viajó tan lejos para encontrar su propia tumba. Buscando el oro de los alquimistas hallaron en su camino los reinos del Sol. De grutas de esmeraldas vieron volar escarabajos rituales, iguanas detenidas en los árboles batían ante ellos colas como látigos, ciénagas verdes de limo abrían de repente hileras de colmillos. Tuvieron que encontrar palabras nuevas para nombrar el mar, el río y el desierto, porque otra ballena marina les mostró sus ballenas, otra serpiente sucia de desastres los llevó bajo interminables días de lluvia, y otros arenales los fueron secando hasta que al final no eran más que esqueletos con ojos, rezando en latín a cielos pedregosos.

Buscando sus miedos de fábula, sólo sabían hallar en la selva las bestias que traían en sus entrañas. Reconocieron su propia inclemencia en los jaguares, su hambre en el aliento dulzón de los güños, su envidia en la azorada rivalidad de los pájaros. Y fueron como inventos de su fiebre las torres babilónicas de las termitas, los ejércitos de arrieras embanderadas de verde que devoran en horas un árbol, las diosas bestiales que amamantan sus crías entre las raíces del mangle.

No sabían que las armas más poderosas que les había dado su Dios no eran los caballos obedientes ni los perros fornidos y sanguinarios ni los cañones que escupen el trueno, si no sus propios estornudos esparciendo la gripa y sus abrazos enfermos que hacían despertar en llagas a los cuerpos desnudos. Mucho antes de su llegada a las aldeas ya la pulmonía que trajeron había arrasado provincias enteras y la viruela negra volvía podredumbre viviente los cuerpos de los indios. Por eso su llegada fue vista

con terror antes de que se conocieran sus intenciones, antes que la maldad de las almas confirmara la pestilencia de los cuerpos.

Venían buscando la vida desde aldeas hambrientas, humilladas por la guerra y la peste, pero depositaron los huevos del infierno en las flores paganas del paraíso.

Creían buscar el futuro, pero traían las almas llenas de brujas y de duendes; buscaban en estos mares sus viejas y gordas sirenas; debajo de los yarumos color ceniza, rijosas colinas de sátiras; buscaban duendes torvos y amazonas mortales, y en todo veían al viejo demonio baboso que les había enfermado la vida en sus aldeas de piedra, que enroscaba su cola en los campanarios, que rayaba con la noche los muros con uñas de barro, que se montaba a medianoche en el vientre de las vírgenes y que infestaba de pedos repugnantes las iglesias saturadas de incienso.

Pensaban mal y veían mal y olían peor; perdieron un mundo para el mundo y ganaron un mundo para su rey y su Dios, pero entre ellos muy pocos habían sido hechos para trabajar. Detrás de los jefes arrogantes y oprobiosos, que se forraron de oro, venía tina tropa temeraria y brutal que perdió en estos mares el cuerpo y el alma.

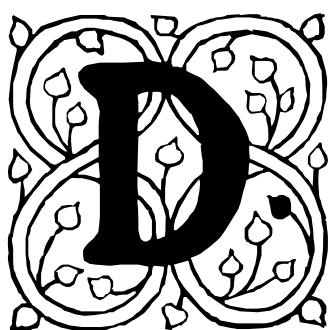
En la cresta de la ola estaban los virreyes y los gobernadores, los funcionarios y los encomenderos, pero debajo se agitaba un oleaje de descontentos y de resentidos que no serían nunca dueños de los grandes tesoros; hombres más duros y audaces incluso que sus jefes, autorizados a todo por la ceguera de los clérigos, por la arbitrariedad de los oficiales y por la negligencia de la corona.

Los que maceraron como barro la carnaza de los nativos para alimentar perros y sueños, los que recibieron por igual los flechazos de los indios y el desprecio de los ricos, el beso de las mandíbulas del caimán y la caricia del frío de los calabozos, la música dura de las órdenes incesantes y el rastro de los gusanos en la piel ulcerada.

Sin entender jamás estos reinos, vinieron a engendrar en su arcilla una humanidad perpleja que no puede creer en Dios pero lo necesita, que no consigue creer en la Ley pero no puede vivir sin invocarla, que no consigue amar el mundo en que nació porque la herencia venía profanada y calumniada, porque el tesoro estaba saturado de maldiciones.

A ti te invoco, sangre que se bebió la selva, para que alguna vez en el tiempo podamos domesticar estos demonios: la lengua arrogante de los vencedores, la ley proclamada para enmascarar la rapiña, la extraña religión que siente odio y pavor por la tierra, y ese poder tachonado de símbolos, el espejo que no nos refleja. ¿Quién nos dirá si lograremos un día que esta lengua soberbia de procónsules, estos estrados de balanzas irónicas, este impalpable dios de otro mundo y este secreto manantial de la fuerza se parezcan un poco a nosotros?

1. Detrás de las selvas cerradas



etrás de las selvas cerradas había un reino de agua. El perro del capitán lo olfateó primero: ladró de gozo entre los árboles llenos de líquenes, fue detrás de su amo hasta la última loma, y después corrió alrededor de él pendiente abajo, haciendo rebrillar al sol su collar de oro macizo.

Era un alano fuerte de pelaje dorado, el hocico era negro, tenía manchas oscuras alrededor de los ojos.

El rubio Blas de Atienza y Sebastián Moyano y Pizarro el porquero eran visibles atrás porque llevaban todavía sus morriones con plumas, mientras los otros soldados en andrajos y centenares de indios desnudos avanzaban más lentos, llevando las mulas con fardos y los largos pendones del emperador y de Santa María la Antigua ya enarbolados en sus astas.

Habían librado un combate dos días atrás por las tierras de Chiapes, el sueño no había cerrado sus ojos desde entonces, y venían agobiados en los petos de acero por el calor y por la humedad. Después de avizarar desde lo alto la llanura resplandeciente, tres grupos salieron a buscar un camino hacia el agua y ahora estaban llegando.

Era verdad lo que les había dicho el indio: detrás de las selvas cerradas estaba escondido otro mar. Balboa se dijo en los montes que una hormiga puede esconderse, que una rana venenosa puede agazaparse en las hojas grandes, que un riachuelo puede ocultarse corriendo entre las piedras manchadas, pero era inaudito que todo un océano hubiera permanecido

oculto desde siempre, agua del diluvio empozada en un cántaro nutriéndose de rayos y tormentas.

Un indio con cara de luna negra le dijo que aquel mar había brotado de una calabaza gigante; otro, que había caído a chorros de las hojas del cielo, y los guerreros heridos de Chiapes veían en las estrellas los ojos de oscuros cangrejos.

Era como un milagro sobre las selvas negras ver en el cielo luminoso el remolino de los alcatraces.

Blas recordaría siempre esas horas, cuando el mar no era visible pero ya se sentía su olor en el viento. Y el descenso a zancadas, y la carrera por la playa increíble, porque él fue el segundo en entrar en el agua espumosa. Vio a Balboa cantando el Te Deum laudamos, gritando su proclama y sus rezos, clavando una vez y otra vez la bandera en el lecho de arena y de espuma, y mirando, sin poderlo creer todavía, el mar gris, el mar ilimitado, el mar salvaje que se extendía ante ellos y que ningún hombre de su tierra había contemplado jamás.

Después vio a los soldados que mostraban al mar como rezo y conjuro el estandarte con los dos ángeles, la Virgen y el niño, la rosa y el jilguero. Vio cómo cuartelaban con la mano derecha la espuma, alzaban en la playa pirámides de piedras y a golpes de daga herían con frases latinas el tronco de los árboles.

Era un muchacho rubio y ávido, de ojos grandes y grises y manos rapaces, nacido veintitrés años atrás en la Villa de Atienza, y había llegado a las Indias en una de las cuatro carabelas de Ojeda. En su navegación desde el puerto de Cádiz no dejó de sorprenderse un solo día, porque había pasado la infancia en aldeas polvorientas y el exceso de agua le llenaba de un miedo alegre los pulmones.

Vivir la soledad de lo desconocido era ya una experiencia agobiante, pero además estaban los vientos, lamentos lóbregos que arreciaban de noche, el grito sonámbulo de algún marinero en la oquedad de las bodegas, el lento horizonte que asciende y desciende sin tregua. Y el mareo de los

primeros días, el olor del vómito sobre la borda, los humores de los soldados durmiendo en montón en el vientre del barco, un miedo impreciso que es casi la certeza de que no regresaremos jamás.

También a lo imprevisto se acostumbran los cuerpos, y Blas de Atienza no llegó a preguntarse si le gustaba o no la aventura, porque después del vértigo y de la tormenta, de fuegos fatuos lloviendo sobre los mástiles que crujen, de la fosforescencia de las lanzas en la noche de grandes estrellas, del arco rojo de los peces que astillan el agua y de la cabellera de pesadilla de los sargazos que hacen pensar que el barco navega sobre llanuras vegetales, la llegada al puerto había sido como entrar en una taberna llena de riñas y gritos, y la noticia de un mar desconocido llenó todo el espacio de su mente.

Con la noticia del mar apenas descubierto, la corona se animó a fletar por fin una expedición de conquista; obispos predicaron en España que un mundo lleno de riquezas estaba esperando en las Indias y que el tesoro real pagaría los gastos del viaje, y de toda la península acudieron hidalgos y labriegos, lo mismo que artesanos de variados oficios.

Después de vender aprisa tierras y haciendas, las herencias, las rentas, dos mil doscientos hombres se embarcaron en cincuenta navíos cargados también de caballos ariscos y vacas apacibles, de perros ofensivos al oído y cerdos engendrados para el cuchillo, de gansos estridentes y gallinas sonámbulas.

Venían muchos jóvenes de estirpe guerrera, como el bullicioso Miguel Díez de Aux, el memorioso Bernal Díaz del Castillo, el último que queda vivo de cuantos vieron al emperador Moctezuma, y el paje de la corte Gonzalo Fernández de Oviedo, que todo lo veía y todo lo nombraba, aventureros que envejecerían después en el Nuevo Mundo. Y todos navegaban bajo el mando de un varón descomunal, Pedro Arias de Ávila, una cabeza más alto que el más alto de sus hombres, quien sabía que sería muy difícil encontrar por los caminos un ataúd de su talla y viajaba siempre con su propio féretro de lujo, en el que cada noche dormía para irse acostumbrando a la muerte.

Este Pedrarias conocía bien su misión en las Indias: cobrarle a Balboa con intereses todas las cosas buenas y malas que se decían de él en la corte, esos rumores que semana tras semana alteraban el ánimo del católico rey Fernando de Aragón. No habían pasado veinte años desde la aventura de Colón, y los barcos que desafiaron el vértigo habían tocado apenas las costas de Tierra Firme, pero ya se contaban historias escandalosas de guerras entre los propios españoles, de saqueos en las islas, relatos de hombres abandonados en golfos impíos, de lianas de la selva que se habían convertido en horcas de cristianos, y del barco indigente de Nicuesa abandonado por sus propios subalternos a las inclemencias del agua.

Pero una cosa era llevar cuentos a España y otra cosa vivir los episodios confusos de la Conquista. A veces los subordinados, como Balboa, resultaban más responsables que los jefes, peones sin nombre se revelaban más diestros y valientes que los príncipes, meros polizones llegaban a ser los verdaderos descubridores, mostraban ser capitanes justos e intachables allí donde los jefes sólo eran capaces de codicia y de odio. Y Pedrarias ganó con méritos fama de cruel e infame, porque en una sola tarde hizo cortar la cabeza de Balboa y de tres de sus hombres. Cuando, viendo que venía la noche, la multitud le pidió que perdonara al quinto condenado, él mismo tomó el hacha e hizo caer la noche sobre Fernando Argüello. Una leyenda dice que cinco cabezas encendidas lo iluminan en el infierno.

España era un jinete gobernando una criatura desconocida sin saber si era un potro o un pájaro, un pez dorado que emerge del mar o un pulpo de incontables tentáculos. Habría sido preciso tener ángeles en los barcos para saber a la distancia todo lo que hacían los aventureros, la de la corona no era la justicia divina y era fácil que las potestades, atendiendo rumores, premiaran la traición y castigaran la lealtad.

Otros lo dudarían después, pero Blas no olvidó nunca que había sido el segundo en entrar en el mar del Sur. Se lo contó a su hija, y fue ella quien me lo contó a mí, en los días alegres de la selva, antes de la mañana

sangrienta. Me contó que, después de que a Balboa lo arrestó la perfidia de su amigo Pizarro y lo condenó la codicia de su amigo Espinosa y lo decapitó el hacha de su suegro Pedrarias, después de que esos hombres mediocres y brutales se unieron para sacar del camino a Balboa, Blas de Atienza siguió convencido de que su destino lo aguardaba en ese mar nuevo, y vivió largo tiempo en el istmo, preparando su hora.

Balboa había vencido con armas o convencido con argumentos a indios de veinte reinos. Había porfiado y negociado con pequeños y grandes reyes de la selva: Careta, Panca, Chape, Bonaniaima, Cuquera, Tecra, Pocorosa, Comogre, Chuirica, Otoque, Pacra, Pucheríbuca, Tubanamá, Tamao, Tenoca, y Tamacá y Juanaga y Careca y Chorita, entre los que más se mencionan; caciques de diademas de oro y de diademas de mimbre, jefes que habían brotado del mar o que habían nacido de huevos jaspeados en el interior de unos nidos oscuros, príncipes y magos cuyas vidas estaban contadas en vibrantes tejidos de colores, potestades de lengua chibcha que mandaban sobre legiones de alfareros y de cazadores, en selvas de escarabajos y libélulas de colores sin nombre, en tierras azoradas por lagartos enormes.

Esos indios entendidos que habían llegado a firmes acuerdos con Balboa no soportaron después las brutalidades de Pedrarias, el verdugo eminente; combatieron su ejército recién desembarcado como nunca habían combatido a las tropas escasas de Santa María la Antigua del Darién, y persistieron en el esfuerzo de matar aquel muerto descomunal con dardos o con rezos.

Blas nunca supo si era cierto que el perro de Balboa murió de hambre en Acla sobre la tumba de su amo, con el collar de oro todavía en el cuello porque ninguno de aquellos traidores se había atrevido a quitárselo. Al perro leonado lo habían vuelto salvaje y lo hicieron devorar a muchos indios, pero era tan aguerrido y eficiente que Balboa le pagaba un sueldo mensual como a un alférez más de sus tropas, y un día le puso con insolencia ese collar de oro que sin duda sólo perdió después de muerto. Porque así como esta conquista cambió el destino y la condición de muchos

soldados, vio perros mejor tratados que los indios y más ilustres que los otros perros, que los otros hombres.

La voz salada

Di con tu cara de luna negra que el mar brotó de una calabaza gigante.

Di con tus labios de jagua, de semillas de noche, que este mar gris estaba empozado en las hojas,

que este mar cayó a chorros de las hojas grandes del cielo.

Di con labios de heridas que esas luces de arriba son los ojos de los negros cangrejos.

Como la madre gris que nunca calla, vuelve a decir que sólo vale lo que se dice para siempre,

lo que puede escucharse una vez y otra vez y otra vez, sin cansancio,

como esa voz salada de la ola que vuelve.

2. Abandonaron la ciudad en la playa de leños muertos del Darién y poblaron a Panamá



bandonaron la ciudad en la playa de leños muertos del Darién y poblaron a Panamá, en litorales tan radiantes como los del golfo de San Miguel, pero más cenagosos y tranquilos. Varios años dedicó allí Blas a los negocios y las pequeñas navegaciones, y a consolarse de las penurias del presente recordando los triunfos del futuro. Porque un hombre no soportaría la inclemencia de las Indias si no fuera por el futuro que imagina, por la terca certeza de que en alguna parte lo está esperando un tesoro que será sólo suyo, que ha sido destinado para él por los dioses de la fortuna desde los comienzos del mundo.

Pensaba a veces en su aldea apacible, en sus antepasados romanos que inventaron los códigos y los acueductos, la oratoria y la burocracia. Se veía a sí mismo repitiendo en un mundo distinto las hazañas de aquellos tribunas y lictores, pero el tiempo pasaba y la aventura parecía haberse estancado en las selvas cerradas y a la orilla del mar que el primer día les pareció luminoso de promesas. Finalmente Blas se hizo, no amigo, porque era hombre de temperamento solitario, pero sí aliado de Pizarro y de Almagro. Vivió los ruidosos preparativos del viaje al país de los incas, las noticias crecientes de ese reino en el sur que ya Balboa había sentido, las

alianzas de los jefes, los viajes para explorar litorales incógnitos, los préstamos de ducados y de barcos, los primeros intentos y las primeras islas monstruosas, pero tuvo también la fortuna de estar en la cubierta frente a las costas del Perú el día grande en que avistaron en la bruma la fortaleza de Tumbes, evidencia segura del reino presentido de las montañas.

Blas tenía ya treinta años y era del linaje de los descubridores. Buscaba el oro, sí, pero era capaz de ver la firmeza de las construcciones, los penachos de plumas, los tejidos riquísimos, el vuelo bajo de los cóndores, la lisura de las piedras en los templos del inca, los ojos grandes y oblicuos de las muchachas de la familia real.

Y al parecer estaba mejor hecho para el amor que para la guerra, porque el día en que entraron con Hernando de Soto en el refugio del rey en las montañas, mientras los otros soldados recorrían con ojos recelosos las largas filas de flecheros y de lanceros incas, él se quedó mirando desde su caballo el cerco de mujeres que envolvía como una flor al extraño rey al que estaba prohibido mirar. Y entre todas ellas dicen que vio sólo una.

No sé cómo se encontraron, pero me alegra saber que en medio de tantas escenas de sangre y de horror que abundaban en aquellos días, hubo también, más oculto a los ojos del mundo, un cuadro que no fue de violación ni de infamia, sino la secreta conquista de aquella muchacha por este soldado que la amó con sólo verla, y que comprendió en el abrazo que su larga demora en el istmo no había sido una espera de tierras y crímenes sino del amor que le habían guardado las estrellas.

Gentes de la casa virreinal afirmaban que la madre de Inés había sido una princesa chimú, de la solemne ciudadela de barro de Chanchán, que mira con ojos sedientos al mar, y que Blas la había encontrado cuando recorría los litorales resecos, por los días en que Atahualpa estaba prisionero y largas hileras de sus súbditos, cada hormiga con una piedra de oro, subían a los montes de Cajamarca a llevar el rescate. Pero la propia Inés me aseguró que su madre era en realidad una de las hermanas del inca, refugiada en la ciudadela después de la masacre.

Lo cierto es que meses después, la noche misma en que mataron a Atahualpa, en que lo estrangularon apretando en su cuello una cinta de acero atada a un tronco, cerca de allí nació la hija de los amores de Blas de Atienza con la hermana imperial. Y a diferencia de Pizarro, que sólo pensaba en el poder y en la política, y a semejanza de Almagro, que supo llevar a su lado al hijo de sus amores, Blas amó a esa niña, en la que se juntaban las aguas de dos ríos tan distintos, como habría amado a una hija nacida allá en su vieja villa polvorienta de España.

Inés fue poderosa desde pequeña, y se vio reflejada en los ojos de aquel hombre que había descubierto un mar para llegar a engendrarla. Por eso decían en Chanchán que la noche en que murió Atahualpa nació una raza nueva; y sobre esas montañas manchadas de sangre y de odio, donde las ciudades fueron profanadas y los quipus fueron deshechos y las historias fueron borradas, también el amor volvió a encender hogueras, más valiosas aún porque el Sol había muerto.

Las guerras de Pizarro contra los generales incas dieron mucha riqueza a los primeros capitanes. Hombres que venían del hambre y la intemperie, de aldeas pedregosas y cunas miserables se vieron de repente dueños de provincias enteras, abundantes en riquezas y en siervos. El marqués Pizarro benefició a Blas, como a mi padre, con minas y encomiendas, pero era desconfiado y rencoroso, y nunca olvidó que Blas de Atienza fue uno de los once españoles que se opusieron a la ejecución de Atahualpa.

Blas lo acompañó en el reparto de encomiendas en San Miguel de Piura. Allí, a la sombra de la cruz y regadas con sangre, las provincias de Catacaos y Chira con sus miles de indios le correspondieron a Gonzalo Farfán de los Godos; la de Poechos a Andrés Durán y Juan de Coto; la de Jayanca, con sus tumbas de piedra, a Francisco Lobo; la de Tangará, atravesada de llamas, a Francisco Lucena; la del Valle de Copiz, con sus aguas de un verde tranquilo, a Francisco Quiroz y Quintanilla; las de Motupe y Huancabamba, con pueblos de colores y vertiginosas terrazas de maíz, a Diego Palomino; las peñas de Moscalá a Diego de Fonseca; los abismos de Pabur a Juan Trujillo; los bosques prietos de Ayabaca a Bartolomé Aguilar; los cabos de Punta Aguja a Miguel Ruiz, el cojo; la sierra de Amotape con sus superpuestos arcoiris a Juan Barrientos; las

tierras que ciñen la fortaleza de Cocola a Pedro Gutiérrez de los Ríos, y las arboledas negras de Colineque a Baltasar Carvajal.

Blas fue entre ellos nombrado primer alcalde de Piura, pero siguió su camino por el litoral y fue fundador de Trujillo, cerca de Huanchaco, junto al mar que él mismo había descubierto. Con Martín de Estete, llegado también con Pedrarias y primer conquistador que trajo a su mujer al viaje; con Gómez de Alvarado, que aún llevaba fijas en la pupila las barcas de flores de Tenochtitlan y templos escalonados oscuros de sangre humana; con Vicente de Béjar y Juan de Osomo, alto encomendero del valle de Túcume, que después legaría tierras y legiones de indios a su hijo Melchor; con Francisco Luis de Alcántara, hermano de madre de Francisco Pizarro; con Antón de Pero Mato, Miguel de la Sema y Miguel Pérez de Villafranca; con Andrés Varo y Diego Verdejo y Antón Cuadrado y Melchor Verdugo, intentó darle a la ciudad recién fundada el estilo o al menos el sabor de su villa castellana, sólidos muros, grandes templos, exquisitos balcones, rejas con flores, y se inquietó por las repeticiones de su destino, porque la suerte quiso que le tocara una región similar a la de su pueblo de origen, donde lo más escaso era el agua.

Había que buscar el agua en las montañas y hacerla descender hasta el litoral. Para ello recordó una vez más la ingeniería de sus antepasados romanos y el deleite que sintieron los moros de su tierra trazando canales en los patios de los palacios, y construyó el primer acueducto de Trujillo, que hizo florecer lotos de agua en la vecindad del desierto. Pero aprendió también de los chimúes, que hace cientos de años cavaron grandes estanques rectangulares al amparo de sus muros de barro exornados de peces, estanques donde manan las aguas profundas y donde apagan su fiebre al mediodía los viringos, los oscuros perros sagrados.

Así hizo brotar Blas de Atienza el agua de Trujillo, y mientras despertaba a los dioses del agua veía crecer a su hija mestiza, cada día más bella, con grandes ojos oblicuos de india, con cabellos negros llenos de estrellas, con dientes blancos de princesa de las montañas, con pupilas gris perla de mujer castellana, con labios rojos de gitana, con una piel canela que nadie habría rechazado como andaluza, pero con los pómulos de grandes arcos de las hijas del sol.

Siempre ha sido un enigma para mí lo que pasó con la hermana de Atahualpa. Todos dijeron que la madre de Inés, la princesa, murió con su imperio, pero nadie supo decirme, en la dispersión que siguió al gran saqueo, si fue una de las enfermedades llegadas con los invasores, o el duelo por la muerte del Sol, o algún mal influjo de la Luna indignada lo que llevó a la Coya a reunirse con las madres en los valles lunares.

Lo cierto es que la hermosa india dejó en manos de Blas a esta hija de su juventud, y el viejo encomendero se encaprichó de tal manera con la niña, que la puso a vivir como una reina en sus haciendas del litoral, como intentando corregir en ella las atrocidades que los españoles hicieron a los incas. Para Inés se afanaban las nodrizas indias, para Inés tejían los tejedores, para Inés traían las llamas los cántaros con leche de vaca y los bultos de maíz y de trigo, y ante Inés se inclinaban las filas de indios sujetos en las encomiendas. Veían en ella el poder de los nuevos amos que ahora sometían la cordillera, pero también la dignidad y la imagen de los poderes que se habían desplomado con los truenos de Cajamarca.

Y Blas supo explotar esa doble condición de su hija: nadie como ella parecía engendrado para reinar sobre los litorales. Fue tal la evidencia abrumadora de ese destino que, cuando la niña tenía trece años, el viejo Blas enfermó malamente, al parecer a consecuencia de un viaje por los páramos: buscaba en vano el aire, se llenaron de agua sus pulmones, y de nada sirvieron las riquezas, ni ampollas y sangrías de los cirujanos de la Ciudad de los Reyes de Lima, ni el silbo con cascabeles de los indios viejos, ni el llanto ceremonial de la servidumbre, porque el considerable Blas de Atienza dejó huérfana a su hija, apenas entrada en la adolescencia, y convertida en la joven más rica de la región y la más poderosa.

Pocos años bastaron para convertirla también en la más bella y en la más codiciada por los señores españoles que se repartían el reino, y no hubo quien no quisiera para sus hijos o para sí mismo la belleza de Inés de Atienza, adornada con la riquísima herencia que la muchacha había recibido de su padre.

Canción de la hermana de Atahualpa

Venía el Sol a saludar a los hombres de hierro pero ya estaba agazapado el Trueno.

Venía como siempre, luminoso, lleno de dones, a repartir la luz entre los hijos,

pero el veneno azul ya estaba en el fondo del plato.

¿A dónde has ido, hijo de mi padre,

qué oscuridad te envuelve, qué serpiente gigante cuya cola nos azota a todos con las tinieblas?

Yo que bebí contigo la leche de los senos oscuros,

y vertí después leche de mis pezones en tus labios,

y te abracé junto al vapor del estanque que exhala un perfume de flores,

vi el temblor de extrañeza en tus párpados, cuando te dijeron que bestias brillantes remontaban la cordillera,

y para sosegar te acaricié tus tobillos donde están anudadas las cintas de oro.

Mírame ahora encerrada en tinieblas aunque parezca haber luz en las cosas,

mírame ya perdida porque no tengo tus manos sobre mis hombros,

mírame ya besando con amor a uno de tus verdugos.

Cuando el sueño me diga dónde están esparcidos tus huesos,

mi padre, mi hermano, mi hijo, sol alto de mis días, fuego en mis noches,

voy a dejarlo todo, voy a dejar el lecho de mi guerrero,

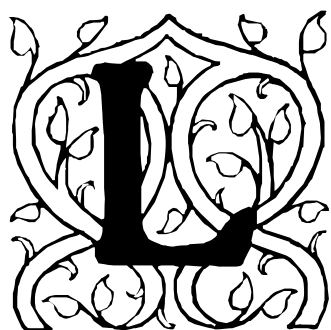
y bajaré hasta ti, para ver otra vez nuestro reino como era en el tiempo de oro,

cuando la lenta vicuña, arriba de las nubes, masticaba la noche,

cuando los quipus grandes de las ancianas hacían brotar historias de nuestra infancia,

cuando el cielo tan dulce y tan dulce de estrellas no se había caído en el pozo.

3. La casa era un palacio de grandes paredes de piedra



a casa era un palacio de grandes paredes de piedra, con arcos blancos y amplias escaleras. Y se había ido llenando de cosas traídas de España, porque Blas atendía con la misma diligencia los deberes familiares que el llamado de la guerra, esa discordia entre capitanes españoles que había reemplazado la discordia entre Huáscar y Atahualpa, los hijos de Huayna Cápac, hijo de Túpac Inca Yupanqui y nieto noveno del gran Pachacútec.

La infancia de Inés tuvo como paisaje de fondo las guerras de su sangre: los indignados avances de los almagristas, las emboscadas sinuosas de los pizarristas, el reagrupamiento de los incas de las montañas bajo las alas de cóndor de Manco Inca Yupanqui, el asedio del Quzco por una muchedumbre de incas, armados de cantos y oraciones pero también de flechas con espuelas de fuego, el remoto fragor de las incursiones de Valdivia hacia el sur, el aullido de dolor de los pueblos indios bajo el galope de Belalcázar hacia los cañones del norte. Noticias de júbilo y noticias de angustia pasaban sin cesar bajo los arcos de la gran casa de Trujillo: el asesinato de Almagro, el alzamiento de su hijo el mestizo, la muerte de Pizarro, que tuvo la vida entera doce hombres fieles a su lado y en el último instante por rara simetría se vio derribado por doce enemigos.

Tras el poder fugaz de Vaca de Castro vino el breve verano de los hombres de Ávila al mando del virrey Blasco Núñez de Vela, quien a fines de abril de 1544 avanzó desde Tumbes y Piura, tomando posesión del reino con un cortejo lujoso, y se hospedó bajo los grandes arcos de la casa de Atienza, complacido con la bella niña de once años, y vestida como una reina, que era su anfitriona.

(Me conmueve que Lorenzo de Cepeda y Ahumada, el más joven de aquel cortejo, que había conocido a mi amigo Pedro de Ursúa, un muchacho de dieciséis años, en Valladolid, meses atrás, que había visto con él los borrosos toros de piedra de la Sierra de Gredas y cabalgado con él a Sevilla, y que volvería a verlo poco después en la Ciudad de los Reyes de Lima, haya conocido también a aquella niña en su mansión de Trujillo, sin presentir siquiera que esas dos criaturas, que a través suyo unía imperceptiblemente el destino, terminarían fundidas en una sola fiebre de aventura y de muerte).

El virrey venía a hacer aplicar las Nuevas Leyes de Indias, y nada podía complacerlo más que verse atendido por una pequeña princesa mestiza en la que estaban aliadas para siempre la cristiana sangre de Iberia con la sangre pagana de los hijos del sol. Pero dos años después, bajo los mismos arcos blancos por donde salió el virrey entró la noticia de su muerte, y como entre los once y los trece años hay un abismo en la memoria, lo que supo la muchacha fue que el rebelde Gonzalo Pizarro había arrancado horriblemente de sus hombros la cabeza barbada de aquel anciano que a ella le había sonreído en la lejana infancia.

Fue ese el mismo año en que murió Blas, el encomendero, e Inés no tuvo que hacer esfuerzo alguno para empezar a mandar, porque para eso la había criado el hombre muerto. Como su prima lejana, la pequeña Francisca, hija del propio marqués Francisco Pizarro y de la ñusta Quispe Sisa, y como los hijos, menos afortunados, de Cuxirimay Ocllo, también Inés tuvo en sus primeros años maestros de clavicordio y de danza europea. Pero si bien servían soldados de España en aquella mansión: Osorno, el fornido; Cuadrado, el maestro de albañilería; Verdejo, el herrero, y Verdugo, el comerciante, hombres fieles al viejo señor que sirvieron con

fidelidad también a su hija, se decía que en ciertos cuartos había mujeres indias tejiendo grandes mantas para Inés, viejas que eran sus consejeras, que la arrullaban en las noches, que la peinaban con peines de plata, que se sometían a sus caprichos, y hasta hubo quien afirmó que viejas ceremonias paganas se celebraban en aquellas habitaciones al amparo del oro y de las sombras.

Pero es que la envidia también empezaba a cercar la casona de los Atienza, grande, con altos balcones enrejados y patios de piedra, a la que entraban en tiempos de Blas los grandes señores del reino, y en los primeros tiempos de su hija sólo amigos de infancia y viejos compañeros de su padre. Ella creció sin rienda, y además la fortuna la hizo libre, de modo que las mujeres de los otros encomenderos no solían frecuentarla. En vida de su padre la desdeñaron como a una pequeña expósita que hubiera sido recogida por caridad; cuando se quedó huérfana no la compadecieron, sino que soñaron con que desaparecería entre la masa oscura de los derrotados, pero cuando advirtieron que legalmente había heredado tierras y encomiendas, casas grandes y minas, indios y muebles y vajillas, la vigilaron por su extrañeza, la envidiaron por su belleza, la temieron por su poder y por su vida fronteriza entre el lejano mundo español y los túmulos de la cordillera, de modo que en el centro de Trujillo creció entre las rosas recién traídas esa inquietante flor de cardos, ardiente y peligrosa, que pocos veían pero en la que todos pensaban y que para muchos era una viva tentación.

Inés no pareció darse cuenta de la bruma de rumores que crecía con ella. Tuvo algunos romances que no fueron clandestinos ni célebres, pero ningún hombre pudo envanecerse de haber alcanzado el rosal de aquella muchacha secreta. Y cuando la joven cumplió dieciocho años, la ciudad de Trujillo despertó a la sorpresa de que Inés de Atienza se había comprometido en matrimonio con un encomendero rico y joven, uno de los recién llegados a las Indias: Pedro de Arcos.

Toda la nueva sociedad de Trujillo asistió a la boda y después a la fiesta en la propia casa de Inés. Allí las mujeres de los encomenderos,

incluida la empinada mujer de Estete, Florencia Eulalia Josefina de Mora y Escobar Alvarado, seguida por sus siete doncellas, aprovecharon para husmear y ver cuánta verdad podía haber en los rumores del mundo desordenado y oscuro de la hija de Atienza. Pero todo en aquella casa estaba a la vista y todo era especialmente rico y brillante, muebles y jarrones, grandes baúles de madera y de cuero, abundantes despensas, cortinas, armarios llenos de trajes, y las cocinas espaciosas y más allá las habitaciones de los criados, y cuadras de caballos y corrales de ovejas. Nada parecía confirmar una excesiva pertenencia de Inés al mundo de los indios, y muchas damas incluso sintieron que la casa de Inés estaba mejor dotada, y era más limpia y fina que las suyas. Había por ejemplo buena cantidad de palanganas, de aguamaniles y de jarras de plata, y un ingenioso sistema de provisión de agua que había sido invento de Blas por los tiempos en que construyó el acueducto de la ciudad.

Lo más indio que había en Inés era su pasión por los baños con hierbas perfumadas, el cuidado amoroso con que sus damas de compañía la bañaban largamente en cámaras con aguas humeantes, y la secaban y la perfumaban junto al patio de piedra bajo el sol cegador de los litorales, y el cuidado con que la vestían, que hacía que Inés pareciera menos la hija de un encomendero que una princesa de la corte del rey Felipe o del propio Atahualpa. Ya se sabe que en ningún lugar del Imperio las mujeres aprendieron a vestirse con más lujo que en el Perú, y la bella Inés no sólo superaba en esplendor a las orgullosas mujeres de Trujillo, sino que llegó a rivalizar con las más adornadas de Lima, los tornasolados pavos reales de la corte virreinal.

La boda sirvió para que Inés entrara a formar parte aceptada de la sociedad de Trujillo, y la fiesta casi sirvió para que muchos rumores se disiparan. Pero como la mayor parte de ellos no nacía de evidencias sino de pasiones, de celos y envidias pertinaces, pronto afloraron de nuevo. Pedro de Arcos amaba apasionadamente a su mestiza, y la exhibía con orgullo, de modo que todo empezó a ser atribuido a alguna suerte de embrujo indio, a un bebedizo o sortilegio de aquellos a que los indios son aficionados; y a medida que Inés se hacía visible les iba pareciendo también vistosa en exceso a las gentes del pueblo. Cuánto habrían querido doña Florencia

Eulalia Josefina y sus doncellas interrogar en detalle al cura que la oía en confesión, pero Inés no les dejaba mucho espacio para rumores. Si salía de la casa era sólo para ir a la iglesia, acompañada por sus criadas, y vivía recogida en su mansión la mayor parte del tiempo. Cuando Pedro de Arcos acudía a responder por sus asuntos en Lima, Inés ni salía a la puerta. Se diría que era la esposa más fiel, la mujer más bella y la joven más discreta que había en la ciudad, y por más que los postigos se abrieran y el tema se formulara y los ojos fisgonearan golosos, nadie encontraba motivos serios para hablar de ella.

Entonces ocurrió el asunto aquel del sobrino del virrey.

El juego

Dos dedos que se tocan en el extremo
son el pico sagrado del coraquenque,
y los tres extendidos son su penacho.
Tres dedos juntos son la cabeza de la alpaca,
y los dos extendidos son sus orejas.

Ahora las dos manos enfrentadas:
dos coraquenques que se miran de frente.

Si las llevo a tu rostro mis manos son tu máscara.

La niña tiene cara de dos pájaros,
la niña tiene plumas de coraquenque.

Y si bajo dos dedos,
dos alpacas se miran sobre sus ojos.

4. Cuando en 1557 la corte de don Andrés Hurtado de Mendoza



uando en 1557 la corte de don Andrés Hurtado de Mandaza y Bovadilla, marqués de Cañete, tocó tierra peruana, los notables que lo esperaban en el puerto vieron bajar del galeón a un hombre ebrio, joven y altanero. Todos corrieron a ofrecer su saludo y su reverencia, y el besamanos ya llevaba un buen rato, cuando el verdadero marqués, caballero pesado y venerable, apareció en el puente del barco. El mozo que usurpaba los honores era su sobrino Francisco de Mendoza, confiado al amparo del virrey por una hermana viuda.

No es que me proponga ocupar por fuerza un lugar en este relato, pero es necesario contar que yo era entonces secretario y amanuense del virrey. El problema fue que, apenas descendido en las marismas de Castilla de Oro del galeón que nos trajo de España, listo para asistir a su posesión en la Ciudad de los Reyes de Lima, un lance inesperado me retuvo en el istmo, cuando la corte virreinal ya se embarcaba sobre las aguas del mar del Sur. Para mayor contrariedad, el cirujano me ordenó permanecer inmóvil varias semanas antes de comenzar mi trabajo, y ello me demoró en Nombre de Dios, pero gracias a esa demora pude hacerme amigo del nuevo jefe de la tropa real, quien tenía el encargo de pacificar a los cimarrones rebeldes, atrincherados en palenques en las tórridas selvas del litoral.

Empezaba a familiarizarme de nuevo con el ritmo loco de las Indias. Aunque había nacido en La Española treinta y cinco años atrás, y aunque formé parte de la expedición que, embarcada en un bergantín en 1542, descubrió el inmenso río de las Amazonas, derivé después más de diez años enredado en las guerras del emperador, por las ruedas de Flandes y por el cerco de alfanjes del Mediterráneo. Después, más sosegado, llevaba años en el oficio de escribano en Valladolid, intentando olvidar mi pasado, ajeno a los asuntos de este lado del mundo que cambian con prisa diabólica.

Pero el destino es duende hábil en trastocar todas las cosas. Devuelto de repente a estas tierras, gracias a que el nuevo virrey valoraba exageradamente mi experiencia y me creía útil para ayudarlo a familiarizarse con sus nuevos dominios, empecé mi misión en las Indias faltando a su posesión. Y en mi lugar estaba el ostentoso sobrino, Francisco de Mendoza, añadido al cortejo en el último instante en el puerto de Cádiz, y que iba a convertirse en la principal contrariedad de la familia virreinal.

Se hizo notar desde el comienzo por su inclinación a embriagarse y protagonizar sonoros escándalos, por sus atropellos a los indios, y por su tendencia a rivalizar con todo el mundo, haciéndose rendir honores excesivos como miembro de la corte del virrey. Ya venía de España amonestado por asediar a mujeres con dueño, y una daga celosa le había marcado el pecho en un duelo de honor. El marqués le dio rápidamente un cargo en la administración de Trujillo, pero no faltó quién dijera que el virrey conocía muy bien al sobrino y procuraba mantenerlo lo más lejos que fuera posible.

Era inevitable que, apenas llegado, el muchacho pusiera los ojos codiciosos sobre la mujer más bella que había en Trujillo, a la que vio cruzar un día rumbo a la iglesia con sus criadas, y salir como una aparición de la silla de manos para entrar en la penumbra del templo. Y, por supuesto, esa mujer de veinticinco años y de extraña belleza, a la vez salvaje y lujosa, poderosa y discreta, no era otra que Inés, la huérfana de Atienza, la princesa mestiza de Pedro de Arcos.

Francisco de Mendoza empezó a cortejarla de un modo insistente e impúdico: gritaba torpezas a su paso en pleno día, le enviaba cartas insinuantes con la servidumbre, cantaba con mala voz a su balcón en las noches sin preguntarse siquiera si el marido estaría en la casa.

Algunas gentes que estaban esperando la ocasión de hablar de Inés y acusarla de algo, encontraron su oportunidad. Nadie ha sido capaz de demostrar que ella correspondiera a los requerimientos del funcionario, pero incluso ella, que era altanera y mandona, debió guardar la compostura y asumir la cortesía que corresponde a las pretensiones del sobrino de un virrey, y el propio Pedro de Arcos, que supo solamente lo que echaban a volar los rumores, al comienzo dejó pasar las cosas, esperando que la fiebre caprichosa del sobrino pasara sin más ruido. Pero los hechos se hicieron notorios, porque Mendoza se embriagaba con facilidad, de modo que Pedro de Arcos le advirtió cierto día en privado que no los fastidiara, una segunda vez lo increpó en plena calle, y cuando la provocación se presentó de nuevo, desafió a Francisco de Mendoza a un duelo de honor.

Padrinos solemnes fueron y vinieron, Inés de Atienza se encerró consternada, los viejos encomenderos se crisparon, los vecinos echaron a volar nuevos rumores, y el duelo se cumplió, con tan mala suerte que Pedro de Arcos quedó malherido por Mendoza y esa misma noche cambió el lecho codiciable de Inés por una fría tumba de las montañas. Si el duelo fue a espada o a mosquete nunca logré saberlo, porque por los días en que llegué a tener confianza con ella no me atreví a mencionarle aquella historia turbia y dolorosa.

El virrey no ignoraba que su pariente se había ido creando fama de pendenciero en los cuarteles y en las tabernas, pero nunca esperó que el primer acto de la familia virreinal en las Indias fuera un crimen. Por todas partes se divulgó que el sobrino del virrey había matado a un hombre por un asunto de faldas, y que el muerto era el encomendero Pedro de Arcos, opulento en minas y haciendas. Los rumores volaban diciendo que el motivo del duelo era su mujer mestiza, huérfana envidiada de uno de los descubridores del mar del Sur y nieta misteriosa de los reyes incas, y volvían contando que la muchacha tenía el secreto de las mujeres que

formaron el anillo de Atahualpa, que tenía la piel más clara que sus abuelas reales, que gobernaba una mansión lujosa, que hablaba castellano con un cantar ingenuo que la hacía parecer más joven de lo que era, y que, en suma, su vida tenía la altivez y el misterio de las montañas donde había nacido.

El sobrino fue llevado enseguida ante el virrey, quien se proponía enviado a España sin escándalo, pero ya se había reunido un grupo de encomenderos indignados, resueltos a no permitir que la nueva autoridad del reino viniera a menoscabar los derechos recién confirmados por las providencias de La Gasca. Éste, tratando de imponer un mínimo orden en una región turbulenta, había prohibido entre tantas cosas los duelos de honor. Los varones de Indias, que desde los tiempos de Gonzalo Pizarro se habían convencido de que había que hacerse respetar de la corona, exigieron justicia, y el virrey comprendió que debía complacerlos.

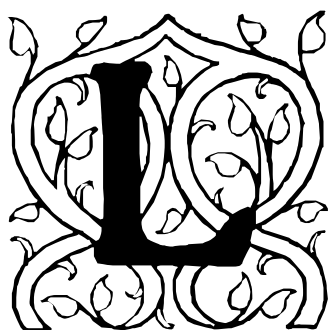
Fue así como la hermosa Inés de Atienza, quien había perdido a su padre hacía doce años y se había casado hacía apenas siete, volvió a quedar sola, ahora viuda, con el corazón dos veces enlutado y, por qué no decido, con su hacienda también duplicada por esta nueva herencia.

Las tejedoras de mantas

Viene la selva tejida de verdes,
y pasa la bandada tejida de plumas,
y sube el sol tejido de bendiciones,
y baja el río tejido de peces y cantos,
porque nada está solo.

Vienen los cuerpos tibios tejidos de sangre,
viene la noche mansa tejida de caricias,
y se abren las mañanas tejidas de sueños,
y se alza la canción tejida de alabanzas,
porque nadie está solo.

5. Lo primero que hizo el virrey al pasar por la selva panameña



Lo primero que hizo el virrey al pasar por la selva panameña fue cargar un galeón con 1.250 lingote s de oro y 48.357 barras de plata, acumulados en las Indias durante tres administraciones conflictivas desde la partida de Pedro La Gasca, y enviarlo con bendiciones sobre las olas amargas como un aporte para las guerras de Felipe II.

La Gasca había dejado el virreinato dormido y cicatrizado después de confusas discordias, pero más tarda el agua en serenarse que en recibir el soplo perturbador de nuevos vientos y de más yertas lunas. El país siempre vuelve a incubar rebeliones, y el que viene soñando con disfrutar las delicias de Jauja aprende que en estas Indias cada noche trae su desvelo.

Las cabezas de Gonzalo Pizarro y de Francisco de Carvajal, resacas en una plaza de Lima, ya enseñaban al paseante el destino de los insurrectos, y sin embargo en los años siguientes hubo por lo menos diez rebeliones. Francisco Hernández Girón acaudilló la más grande de ellas, y su cabeza terminó haciéndoles compañía a las calaveras de los viejos rebeldes.

El marqués de Cañete tuvo suerte de encontrar enseguida quién le pacificara el istmo perturbado por los cimarrones, pero ya casi seguro del éxito maligno de esa empresa, se embarcó antes que nosotros, ansioso de asumir el poder sobre un dominio inestable que había tenido en veinte años más de diez gobernantes: el inventor del reino y asesino del inca, Francisco

Pizarro; el tuerto y ofendido Diego de Almagro, a quien la corona jamás concedió derechos claros sobre su conquista; el despistado y efímero Vaca de Castro; el hombre viejo de Ávila, el virrey de barbas blancas Blasco Núñez de Vela, frágil y solemne entre su tropa de muchachos salvajes; el matador de virreyes Gonzalo Pizarro, orgulloso y resentido, que perdió el reino (y la cabeza) a manos de ese clérigo inescrutable de piernas de garza y voluntad de hierro que fue Pedro La Gasca; y a partir de allí los confusos virreyes Andrés de Cianca, Antonio de Mendoza, breve y achacoso, y el esclavizador de indios y gobernador de Chile Melchor Bravo de Saravia.

El marqués traía ahora el mandato de extremar la sujeción de los incas, consolidar el poder de la corona, soldar con hierros nuevos la fidelidad de los encomenderos, redoblar algunos tributos, multiplicar la producción de las minas, sembrar nuevas ciudades, sofocar alzamientos, dar trabajo a las lanzas y a las picas de los recién llegados, y poner freno al enjambre que arrojaban los barcos casi sin control. Que se sintiera el peso del imperio desde los cañones del norte, en el reino de Pasto, donde duermen aldeas bajo el ronquido de los volcanes, y sobre las tierras de Quito, donde el aliento del mar seca las pendientes por el occidente y el aliento del río moja de selvas el oriente, y por toda la cordillera donde los abismos se escalonan en terrazas de cultivo, donde hay hileras de pies presurosos que miden el reino llevando órdenes y noticias, y donde hay perros sagrados que emergen de las profundidades. El viento que publicaba las órdenes del inca llevaba ahora un vuelo de campanas, los abismos ya eran obedientes al látigo, los pies indóciles eran del cepo y los corazones humanos eran de la ley o del fuego. Había que hacer sentir el yugo del Dios verdadero desde las nieves del Cotopaxi hasta las últimas espumas de Arauco.

En los gabinetes de España las Indias son de papel y de fábula, pero otra cosa es hacer pesar la corona de diamantes y la corona de espinas sobre diez mil montañas resacas y largos litorales blanqueados por las aves marinas. El marqués aprendía cuán arduo es gobernar una cordillera cuya sola vista fatiga: tierras rojas que parecen muertas hasta cuando advertimos más allá tierras grises que parecen todavía más muertas, si no fuera porque otras, calcinadas hasta el blanco, tienen cobre en las entrañas, estrías de cristales preciosos, sinuosas galerías de plata.

Empezaba a imponerse sobre estas montañas, acostumbradas sólo a la palabra que brota de los labios, la España de los sellos y los títulos, de memoriales minuciosos y libros de cuentas, códigos, relaciones, minutas y prontuarios, mapas abigarrados, volúmenes en pilas y crónicas precisas, el reino extenuante de la escritura y de la cláusula; y ahora todo son incisos y párrafos, glosas y escolios, parágrafos y edictos, decretos y sentencias; los rastros del extremo formalismo romano, agravados, yo sé por qué lo digo, de cositería mezquina y de ponzoña ruin, para imponer las filigranas de la letra sobre piedras tatuadas de otras leyes, el dictamen de jueces y de clérigos sobre las mandas del maíz solar y la boca de estrellas.

Para escapar un poco a ese aire marchito que efunden los archivos, el virrey quería tener la ilusión de un roce verdadero con el barro y las piedras, y creía ver en mí ese contacto posible. Yo debía lograr que su experiencia en las Indias no se viera limitada a ese mar de papeles, llenar de sustancia real, de rostros y detalles, la letra de las crónicas.

Pero lo que hace que tantos escribanos y jueces se encierren en sus Indias de papel es que, apenas llegando, las palabras empiezan a cambiar de sentido. Ya las llamas no son lenguas de fuego sino bestias orillando el abismo entre el viento que empuja; los tigres no son los rayados gatos de Bengala sino los jaguares tachonados de signos; las ciudades no son Romas de palacios y catedrales junto a ríos que cantan en latín, sino moles de roca talladas en la espalda de los precipicios, placas de pedernal en la niebla donde nos falta el aire.

El marqués había puesto apenas sus pies sobre el suelo de los incas muertos y empezaba a tomar posesión de su cargo, cuando recibió la noticia del duelo de su sobrino en Trujillo y de la muerte del rival ofendido, y comprendió que los encomenderos iban a reaccionar con furia ante la corona por las arbitrariedades de la nueva familia virreinal. Las vísperas de gloria se iban a cambiar en días de furia.

Claro que se alegró de que el muerto no hubiera sido el sobrino, no por él, sino por la eterna angustiada Lavinia Hurtado de Mendoza, que respiraba en la ilusión de que el hijo prosperaría en las Indias a la sombra del virrey.

Acto seguido se enfureció con el sobrino, y dio puñetazos sobre el escritorio masticando blasfemias.

No podía faltar el maldito miércoles en la semana. ¿Qué necesidad tenía él de traer a ese engreído que ya desde el puente del barco se estaba fingiendo virrey, con su eterna mirada vidriosa de alcohólico? El señorito engolado... Detrás de toda puta andaba ya en Sevilla y ya lo habían apuñalado por putaño en alguna taberna. ¡Ese no sabía de honor ni de respeto, para él el mundo era una balsa de aceite! y maldecía la hora en que escuchó a su hermana, y maldecía a los hijos y los nietos del diablo, a ese pavorreal irrisorio rebajado a idiota y a criminal. Quién sabe quién sería la zarandaja por la que ahora la familia virreinal se hundía en la vergüenza. Y qué dirían en la corte. Que el virrey, cuyo deber primero era dar ejemplo de contención y de decencia en estas tierras últimas, donde todo eran insurrecciones y delitos, donde todo era barbarie, había traído un parásito más venenoso que las culebras del río, más atravesado que las flechas, más fanfarrón que los monos borrachos. Que se pudriera en el cepo, que se lo comiera la manigua, que se lo devoraran los caimanes del río, que los dejara en paz. Él no iba a tolerar de ningún modo que el nombre de los Hurtado de Mendoza y la sangre bendita de los abuelos se pusieran en la picota pública, que un idiota le enredara el gobierno que apenas comenzaba ...

Pero decía todo eso por desahogarse. Sabía que su primer deber era amparar al sobrino del linchamiento, y abrir un proceso con apariencia de legalidad que lo salvara de una horca en las Indias. Hizo que lo prendieran y lo llevaran a Lima, allí le dio con bandos de áspero lenguaje su palacio por cárcel, y pronto se las ingenió para embarcarlo rumbo a Sevilla, donde lo absolvieran con toda severidad.

Enseguida se esmeró en aplacar la ira de los encomenderos estudiando sus peticiones, dándoles nuevas ventajas sobre los indios, haciéndoles sentir su proximidad paternal. Que se supieran parte consentida de la corte; que estuvieran seguros de que no se permitirían otros abusos contra ellos. Y ante todo se preocupó por saber quién era la mujer mestiza a quien su

sobrino había dejado viuda en ese lance irresponsable, para procurarle los bálsamos que fuera posible aplicar desde los gabinetes del poder.

Así llegó a sus oídos la fama del difunto Blas de Atienza, descubridor y fundador, hombre fiel a la corona y al depuesto y asesinado Blasco Núñez de Vela; su prestigio como ingeniero de minas y constructor de acueductos; y su adoración por esa hija de sangre mezclada, adoración que otros veteranos compartían. Y así recibió también los rumores de la envidia, toda una nube de consejas y de maledicencias, sobre esa india que embrujaba a los hombres, esa mestiza rica que los enredaba en sus hilos, esa libertina que los enloquecía en su cama. El buen marqués gastó sus desvelos sopesando los informes de un bando y del otro para saber qué actitud asumir ante aquella mujer desconocida e inquietante, que era la primera víctima de la casa virreinal.

En contra de lo que opinaban las lenguas envidiosas, comprendió que había que desagraviar a la viuda, pues no disculparse con ella le atraería malquerencias entre los viejos encomenderos y rencores entre los indios, que quizás la veían como una especie de signo de la alianza, la imagen de su propia grandeza perdida. La huérfana dorada acababa de convertirse en viuda negra adornada de haciendas; el entierro del marido, rodeado por la consternación de la ciudad, en el que no se atrevió a hacerse presente el marqués, la exaltó en una suerte de reina doliente; y Andrés Hurtado de Mendoza y Bovadilla, segundo marqués de Cañete, amigo que fuera del emperador Carlos V y reposado consejero de su hijo Felipe, vástago de una casa más antigua que las dos coronas, estudioso de leyes y de crónicas, y descendiente de santos prelados, se descubrió de pronto en sus primeros días en las Indias preguntándose cómo presentar disculpas ante una muchacha hermosa y forrada en luto, que era descendiente también de antiguos linajes españoles pero sobre todo heredera del espeso misterio de los señores indios de la montaña.

La niña teje

Los hilos verdes son maíz en los surcos.
Los hilos amarillos son las piedras doradas.
Los hilos rojos son los peces del cielo.
Los hilos blancos son las bellas cascadas.

Entrecruza los dedos,
sopla en el nido tibio de tus manos,
dile al viento de hierbas lo que soñaste.

Entrecruza los hilos, los ríos.

Teje la manta.

Viene por las montañas el abuelo con una vara de oro.
Esas alas tan grandes en el cielo nos dicen que hay que cerrar los ojos.

Pero la niña canta para alargar el día.
La niña tiene ojos que se encienden de noche.